

DIARIO PATRIÓTICO

DE CADIZ,

DEL MÁRTES 17 DE AGOSTO DE 1813.

S. Anastasio Ob.

El Jubileo de las XL. horas está en la iglesia de Hospital Real : se manifiesta á las 5½ de la mañana , y se oculta á las 7 de la tarde.

Continúa la historia de la persecucion del clero de Francia.

Qualquier ciudadano puede ponerse la banda de oficial municipal , dar las mismas órdenes , que no por eso tendrán la misma autoridad. Un criado puede tomar el vestido del amo , y mandar en el mismo tono. Así como este cómico, ciudadano y criado disfrazados engañarian , así sucedería lo mismo con estos pastores que viniesen á vosotros autorizados por las leyes de la asamblea : os dirian que tienen sobre vuestras almas el mismo poder que yo , porque harian lo mismo que yo hago : pero todo sería sin autoridad , porque no la habian recibido de la Iglesia : os dirian que tienen el mismo símbolo ; pero lo explicarian de muy diverso modo : os dirian que creen al Papa y á los demas obispos como á primeros pastores ; y reusarian recono-

cer los derechos que tienen estos pastores sobre vosotros y sobre ellos. Un cura constitucional os diría, que él se conserva en la unidad de la Iglesia; y estaría separado de la Iglesia verdadera, sin pertenecer á ella mas que lo que pertenece al Estado un ciudadano rebelde, y siguiéndolo vosotros seriais tan rebeldes como él. Me habláis de diezmos que quiero recobrar para mi obispo y para mí. ¡Simples! ¿no veis que negándome á jurar abandono diezmos, subsistencia y todos las pensiones que se me prometen si juro? Es, pues, mi alma y la vuestra lo que quiero yo salvar, y nada me podria empeñar á resistir y dexaros, si se pudiesen conciliar mi obligacion y conciencia con el mal aventurado juramento.

No siempre fueron inútiles estas lecciones del pastor, y mas de una vez produxeron tiernos expectáculos entre él y las ovejas. En algunas partes se vió un pueblo entero al rededor de su cura, sin exceptuar los mismos municipales, jurando no seguir jamas á otro pastor que él, ó á sus sucesores aprobados por la Iglesia católica. En otras bañados en lágrimas con jurar á su cura, que no se apartase de la parroquia; pero que hiciese un juramento con todas las restricciones que juzgase necesarias para aquietar su conciencia. Muchos hubo que juraron con estas restricciones, que hicieron insertar en los registros públicos para testimonio de su fé; pero despues se vió mas claramente ser ellas inútiles, porque esa misma fé era la que querian aborir los jacobinos.

Por lo comun fueron terribles los dias destinados para recibir el juramento. En ellos á la hora señalada que era la de la misa mayor, entraban en la iglesia unos magistrados verdaderos despotas seguidos de picas y bayonetas, y colocándose junto al altar ó junto al púlpito, cercaban al sacerdote, y le intimaban el ju-

ramento ó la deposición. Para algunos significaban estas palabras: el juramento ó la muerte. De este modo murió en campaña el cura de Sept-Saux, que explicando al pueblo las razones porque no podía en conciencia prestar el juramento, le apuntó con un fusil uno de los bandidos, y atravesado por el pecho, cayó mártir en la misma cátedra de la verdad.

Otros hallaron también su muerte en las picas y fusiles á la puerta de la iglesia en el mismo día, ó al siguiente de haberse negado al juramento. En el centro de París, Mr. de Pansemon, cura de S. Sulpicio, estaba finalizando su sermón, y la razón que anualmente daba de las limosnas de la parroquia, en las que tenía muy grande parte su rico patrimonio, cuando entraron y se repartieron por la iglesia los comisarios municipales con sus guardias, el cura que acaba, y ellos que comienzan á gritar: *el juramento ó á la horca*. Mr. Pansemon estaba ya resuelto; no temiendo á la muerte comenzó á hablar; pero eran tales los clamores que no se le pudieron percibir mas que estas palabras: *no me lo permite mi conciencia*. Arrójense las guardias á apoderarse de él; pero cuarenta eclesiásticos sus coopeadores firmes como él, y resuelos á ser sacrificados primero que su pastor, se habian anticipado á rodearlo; juntáronseles un buen número de nacionales y otros feligreses, y protegieron su retirada: bramaban los bandidos al rededor de esta escolta, que por mas cerrada que iba no pudo impedir que recibiese su cura algunos golpes en la cabeza; pudo no obstante llegar á la sacristia, donde faltándole las fuerzas cayó desmayado; pero Dios lo reservaba para otros combates.

No menores violencias experimentaron, é igual constancia manifestaron los curas de otras muchas iglesias de esta capital, especialmente los de S. Germain y de S. Roque, Mrs. Ringal y Marduel.

Nada dà mas à conocer el espfritu de la revolucion francesa , y quan resueltos estaban sus partidarios á sacrificarle la misma religion , que las sollicitaciones usadas con Mr. Marduel por los primeros magistrados para persuadirlo á jurar. Mr. de Bailly, entónces corregidor de París , habia ido à casa de este respetable cura; allí le instaba y estrechaba con su elocuencia y sofismas: el cura le mostraba que era imposible ser apóstata : ¡conque es cierto, dixo entonces Bailly, que es contraria à la religion católica la constitucion civil del clero? Muy cierto, dixo el cura: pues bien, replica Bailly, en este caso si pendiese de mí, *mañana no existiría ya en Francia la religion católica.*

Otro magistrado , no resuelto como Bailly à sacrificar su conciencia á la política revolucionaria, dió muy diverso exemplo. Este fué Mr. de Vauvilliers, académico conocido por su elegante traduccion del Píndaro, y uno de aquellos hombres estimables que mantenían en Francia con el gusto de las letras el de la erudicion ; ocupaba en la municipalidad uno de los puestos mas importantes, y nombrado entre otros comisarios para recibir en las iglesias el juramento ordenado à los sacerdotes, pidió que se le exónerase de esta comision : estráñanlo sus compañeros, se alteran y lo tratan de aristocrático : respóndeles : " señores: yo no soy tal; pero tengo conciencia , y ella me prohíbe exigir de los sacerdotes un juramento que creo no poder hacer yo mismo : " y diciendo estas palabras se quita la banda y renuncia el puesto. Despues consumó este sacrificio, quando requerido para jurar él mismo á fin de conservar su vivienda ; su cátedra de profesor en el colegio real y sueldo de mil escudos , se negó á hacerlo y renunció su fortuna:

Pero pocos munícipes de estas disposiciones tenia la revolucion; casi todos los nuevos magistrados fa-

vorecian los furoros de los vandidos; y los de París á vista de la misma asamblea añadian penas arbitrarias á las de los decretos. Mr. de Grenthé el menor, después ya por la revolucion y retirado á París, estaba diciendo misa en el arrabal de San Antonio en la iglesia de Charon: entra Mr. de Bailly acompañado de oficiales de la municipalidad, y seguido de sus huestes cercan el altar zapadores con sus hachas, granaderos con fusiles y nacionales con bayonetas; sube uno de los oficiales al altar, interrumpe al celebrante y le intima prestar el juramento. Mr., le responde este digno y respetable prelado: "el juramento es contrario á mi conciencia, y estando resuelto á no violar jamás sus leyes, mucho menos lo haré en el momento en que estoy ofreciendo á Dios, eterno juez vuestro y mio, la víctima inmaculada." Mr., replica el oficial: os mando no continuar la misa. Entónces volviéndose el sacerdote á Bailly, le dice: "Mr., os suplico que hagais cesar esta violencia; el sacrificio está ya muy adelantado y es preciso consumarlo." Bailly avergonzado y viendo tambien que comenzaba á indignarse el pueblo, se retira con toda su comitiva. Acaba el sacerdote la misa, y despues de desnudarse, vuelve pacíficamente á dar gracias al ple del mismo altar; sale el pueblo lleno de asombro y respeto, recógese á su casa, y á la mañana siguiente recibe este papel firmado de los múnicipes: "hemos extrañado mucho vuestra terquedad; esperamos que subsancéis vuestro honor, con lo que continuareis en merecer el respeto y la amistad de todos los hombres de bien: en consecuencia irá el domingo la municipalidad á la iglesia para recibir allí vuestro juramento; y de no, os declararemos rebelde á los decretos, os prohibiremos toda funcion, os pondremos un guardia nacional en vuestra casa ganando seis libras al dia, para

que velé sobre la ejecución de esta nuestra determinación, y este guardia no se retirará sino por decreto de la asamblea nacional.”

Mr. de Grenthé respondió en estos términos: “yo soy inmutable en mi resolución: la conducta que habeis tenido conmigo es una abierta violencia de seis decretos de la asamblea, y es cosa bien estraña que entendais tan mal aquellos cuya ejecución os confía. Vuestras nuevas instancias no serán mas eficaces que las primeras.”

Efectivamente nada podia ser mas contrario á los decretos, cuya copia acompañaba al papel, que las amenazas de los municipales. Mr. de Grenthé queria hacer rostro á su nuevo desafío; pero sus amigos instruidos de las asechanzas que se le armaban, lo obligaron á retirarse á Champson, donde su hermano que era prior habia sabido inspirar á sus feligreses tanto horror al perjurio constitucional que todos tomaron y firmaron la siguiente resolución.

“Nos los infrascriptos corregidor y oficiales municipales y demas feligreses de Champson, diócesis de Seéz, declaramos que queriendo vivir y morir en la religion católica apostólica romana que nos ha traspasado nuestros padres, jamas seguiremos otro pastor que el que nos ha dado la iglesia, y que nosotros mismos echaremos de nuestra parroquia al que tuviere la flaqueza de manchar su alma con un juramento cismático.”

Estos fieles católicos mantuvieron de modo su palabra que fue menester traer artillería y quatrocientos nacionales de las cercanías para instalar entre ellos un sacerdote intruso; pero ni esta violencia los pudo hacer adherir á la religion constitucional.

Igual horror al nuevo culto, tenían muchas parroquias de otras diócesis. La de Kenfuntin parece ha-

ber sido la primera que se opuso á la batalla, y la mantuvo del modo mas singular. Llegan á ella las órdenes del departamento para que niegue los sagrados ornamentos á Mr. Valette su pastor: abren la sacristía para sacarlos, y llega al mismo tiempo el sacerdote intruso, revístese, y Mr. Valette sube al púlpito, y dice: "en la violencia que se me hace no opondré la fuerza á las órdenes del departamento, y asi os exôrto á sufrir con paciencia el insulto hecho á vuestro pastor; pero creo que podré decir misa en otra parte; quédense en horabuena los que quisieren oír la de su intruso; yo voy á decir la mia para los demas." Al instante salen todos sin quedar uno, siguiendo á su cura, y quedó el intruso solo.

Sin embargo de estas disposiciones de un gran número de parroquias, se veían los verdaderos curas reducidos á dexar sus obejas; porque uniendo sus fuerzas los clubs de la comarca contra el cura y sus feligreses, era forzoso esconderse ó huir el verdadero pastor para evitar que se trabasen combates en su defensa, y se derramase la sangre de los que venían á echarlo, ó de los que querían sostenerlo; pues aun en las parroquias mas bien dispuestas multiplicó muchas veces los escándalos, y dió terribles escenas el furor de estos clubs. Ni quedó otro recurso á gran número de curas y vicarios para librarse de la horca que huir; ni tuvieron los bandidos que los buscaban otro modo de consolarse por habérseles escapado, que saquear sus casas. Ya desde entonces fueron perseguidos muchos hasta en los bosques, dándoles caza como à fieras. Algunos en Bretaña despues de haber andado errantes por la soledad, cayeron por fin desangrados entre las malezas, sobreviviendo pocos dias á las heridas que recibieron al huir, no cesando en la pesquisa sus asesinos hasta hallar sus cadáveres medio comidos de las fieras.

Nada omitieron los jacobinos para hacer creer que era considerable el número de eclesiásticos juramentados. En París hicieron una lista de seiscientos. Es verdad que esta infeliz ciudad suministró el mayor número de ellos; mas con todo, es cosa averiguada que entre los seiscientos eclesiásticos empleados en sus parroquias, no juró ni un tercio. De quarenta que servían en S. Sulpicio, no juró ni uno solo, y lo mismo fué en otras varias parroquias numerosas, como las de San Juan de Greve y S. Hipólito. En San Roque de quarenta y seis que eran se mantuvieron firmes los quarenta. De modo que los dos tercios de la lista eran de clérigos desechados por la Iglesia, de colegiales que despues de veinte años habian abandonado su educacion, ó de aquellos cantores que no eran parte del clero. Tambien hacían parte de la lista saboyardos, costaleros y galopines, à quienes vistieron de clérigos é hicieron subir al altar á hacer juramento para alucinar al pueblo. Con todo, juraron tambien algunas personas visibles, como el cura de S. Eustaquio, que desde entónces dexó de ser confesor del rey, y otros varios mas allegados de sus rentas que á la fé,

En las provincias llegaron á cincuenta mil los que fueron constantes en no jurar. Entre los demas el mayor número fué el de los que solo juraron con restriccion, en quanto no fuese contrario á la fé. No se podrá negar que generalmente los que mostraron mas horror al juramento, fueron los pastores mas edificativos y fieles á su ministerio. No eran así los que sin respeto á su conciencia, ni cautelar á favor de la religion cosa alguna, prestaron el juramento absoluto, cuya reputacion y carácter bastaban para demostrar quan justa era la constancia de los demas.

De los ciento treinta y ocho obispos ó arzobispos, prevaricaron quatro, á cuya cabeza estaba dignamen-

te aquel Tayllerand-Perigord , obispo de Autun , que habia vendido á sus hermanos , digno moralista de los rebeldes , habiendo acordado absolver á sus cofrades legisladores del juramento prestado á los que les encomendaban sus veces en las asambleas electorales; y como se hubiese absuelto á sí mismo, nada le costaba un perjurio mas.

El segundo era Brienne , arzobispo de Sens , entonces cardenal de Lomenie , quien habiendo perdido al rey con su ambiciosa incapacidad en el ministerio , y avergonzado á la Iglesia con sus costumbres escandalosas , era tiempo ya de que saliese él por sí , ó fuese echado de ella. El tercero fué Jarente , obispo de Orleans , no engañado ciertamente por la autoridad de tal exemplo , sino cargado de deudas , y con poca virtud para resistir á un perjurio que se las pagaria todas. En quanto á Savines , obispo de Viviers , era hombre de ciencia , de amenidad , y prudencia ; pero ya habia tiempo que se hablaba de su poca firmeza de cerebro , y de ciertos raptos de locura , y esta fama ha dexado en duda si su juramento fué trastorno de cabeza ó falta de constancia. Sus escritos lo defienden con sofismas , y su conducta lo excusa con extravagancias.

En la asamblea legislativa se hallaba un obispo extranjero , Gobet de Lyda , diputado de un canton de Alsacia , donde hacia las funciones de sufragáneo por las partes de la diócesis de Porentrui situadas en Francia. Nadie habia hecho mejor razonamiento que él en la tribuna de los legisladores , ni probado mejor que sus decretos sobre la constitucion civil del clero eran contrarios á la fé católica , y sin embargo juró mantenerlos. Túvosele por ambicioso è hipócrita ; pero era un cobarde : despues intruso de París , temia á Dios , temia á los demonios , pero temia mas á los jacobinos : al principio habia jurado con restricciones

en favor de la religion: lo atemorizaron luego los jacobinos, y lo juró todo.

Entre los demas que juraron, fueron los mas notables aquel Gregorio, digno amigo de Voidel y de Chabot, á quien hizo su vicario general, habiendo echado de su silla al obispo de Blois, y aquel Goute, dragon de su estado, que luego fué vicario excluido de diversas parroquias por ignorante, y últimamente digno sucesor de Perigord. Fuéron tambien los veinte y cinco ó treinta presbíteros de la izquierda en la asamblea, á quienes daban los jacobinos esperanzas de obispados, teniendo todos la baxeza de aspirar á ellos á costa de los verdaderos obispos.

De fuera de la asamblea fue el energúmeno Fauchet, á quien ponía frenético la sombra de un rey, el qual en aquella coyuntura haciendo el oficio de pythonisa del clubs de la boca de hierro exhalaba furorres, cuyo premio debia ser la mitra de intruso de Bayeux. Entre estos perjuros se distinguió tambien aquel Torné, apóstata como Gobet, pero de diferente carácter, porque para sus diferentes papeles se valió del cielo, del infierno, y de los jacobinos, y juró para obtener el arzobispado de Bourges en la nueva iglesia, como habia predicado para lograr una abadía en la antigua. Otro tal era Lamouret, hipócrita que queria engañar al cielo, al infierno y á los jacobinos: este, echado dos veces de San Lázaro, se habia hecho teólogo y confidente de Mirabeau: lo enriqueció y lo hizo metropolitano intruso de Leon.

Tambien manifestáron mucho zelo por el juramento algunos hombres de costumbres auteras, que por la mayor parte eran de una secta condenada por la Iglesia, la qual á pesar de la misma Iglesia se obstina en ocultarse entre sus hijos como para despedazarla mas seguramente dentro de su propio seno. La union de los

jansenistas de Camus y sobre todo la conexión de sus principios con la nueva constitución, le dieron en esta secta muchos partidarios que aumentaron el número de juramentados. No obstante hubo entre los jansenistas hombres de conocidos talentos como Moltrot, Jabineau, Lambert que lo reusaron, y es digno de notar que quantos había entre ellos acreditados de hombres grandes, todos manifestaron la mas alta indignación contra el juramento, y escribieron con nervio contra los que lo prestaban.

En general los juramentados tenían á su favor aquel populacho que conducian los jacobinos, el qual tomaba el negarse á jurar por señal de aristocracia, palabra horrible para él, con la qual se le había formado un gran espantajo. Eran asimismo bien mirados de los hugonotes, los quales no parece que sabian lo que habían dicho los filósofos impíos al principio de la revolución, á saber: *nos serviremos primero de los calvinistas contra los católicos; en realidad ni á unos ni á otros queremos, pero así llegaremos al punto de deshacernos de toda religion.*

En esta ignorancia é inducidos de un funesto error los hugonotes de Nimes no aguardaron á los decretos de la asamblea acerca de la religion católica, para emprender dar á la suya una preponderancia de que se habían mostrado zelosos ya muy de antiguo. La astuta filosofía de los impíos no había dexado piedra por mover para volver á encender el odio mal apagado, y á fuerza de mentir en hechos y alterar toda la historia habían llegado ya á envenenar el corazón de los calvinistas del mediodia de la Francia; pero particularmente los de Nimes que sobresalian en la amargura y vivacidad de su resentimiento contra la monarquía y contra los católicos, favorecian la política de los revolucionarios que para en caso de mal suceso

tenían preparada su retirada en esta ciudad, y depositadas las armas en los misinos calvinistas. Mas estos con pretexto de exterminar la aristocracia, las volvieron súbitamente contra los católicos, y á este primer movimiento quedaron muertos en las plazas, calles y casas casi seiscientos de toda edad y sexó, antes que pudiesen ni siquiera aprehender por qué causa eran sacrificados.

Sobre todo fueron objeto de este furor los religiosos y sacerdotes. Baxo el mismo pretexto fueron asaltados los capuchinos, de los quales fueron asesinados al pie del altar cinco de los mas venerables. Un anciano en particular puesto de rodillas delante del sagrario pide solos cinco minutos para disponerse á parecer delante de Dios: la fria crueldad se los concede; él los emplea en pedir por sus asesinos mas que por sí mismo, y estos con un relox en una mano y una pistola en la otra, cuentan los instantes, descerrajan, y cae la víctima regando con su sangre la peana.

Se continuará.

CÁDIZ:

Imprenta de D. Vicente Lema, calle de S. Francisco, núm.º 47

Año 1813.